

De Babel a Internet:
la perspectiva del intérprete

Marina Estinel

De Babel a Internet: la perspectiva del intérprete

Estimados colegas y amigos:

Me es sumamente grato dirigirme a ustedes sobre un tema tan candente como controvertido para el presente y el futuro de nuestra profesión. En esta breve charla, abordaré el impacto de la informática desde la perspectiva del intérprete y cubriré varios aspectos fundamentales de la interpretación simultánea al albor del tercer milenio, es decir, en plena era del Internet y de las videoconferencias que cada vez más nos acechan.

Porque digo que nos acechan, como si estuviésemos a punto de caer en una emboscada tendida por organizadores y administradores que poco conocen de la profesión del intérprete pero bastante de la ética empresarial que nos viene del Norte: más eficiencia, más economía, a expensas del contacto inmediato que todos los participantes en una conferencia, en un congreso o en un evento internacional anhelan y necesitan. Todos los participantes, digo, tanto delegados como intérpretes implicados en un encuentro en persona y no en pantalla. Las razones detrás de esta premisa son múltiples y hacen a la práctica misma de la interpretación, tal como espero demostrarlo en esta ponencia.

La informática y la revolución tecnológica, que tanto han beneficiado al traductor, permitiéndole satisfacer las exigencias de un mercado en vertiginosa expansión, se están por convertir en un serio obstáculo para el intérprete. Esta situación algo paradójica, mucho tiene que ver con dos aspectos fundamentales del trabajo del traductor y del intérprete: el medio utilizado y la naturaleza del contacto con el cliente.

Para el traductor, el medio es la palabra escrita y el contacto con su cliente se hace exclusivamente a través de ella. En consecuencia, la computadora y el e-mail se han convertido en herramientas valiosísimas para ustedes, los traductores, extendiendo su rendimiento a dimensiones planetarias en pocos minutos.

Como el medio del intérprete es exclusivamente la palabra oral y simultánea –como decimos, “interpreters do it simultaneously”– el contacto con el cliente y el feedback son inmediatos, y deben serlo. El oyente reacciona al orador a través del intérprete, y el intérprete reacciona a ambos, transformándose así en eslabón esencial en la cadena del debate. Ahora bien, en la era de las estaciones espaciales, la tecnología de las videoconferencias, que está dando sus primeros y tímidos pasos, trastabillando mucho y avanzando poco, conspira contra la inmediatez de la interpretación y, por ende, del debate y de la conferencia que reúne a participantes llegados del mundo entero.

He utilizado la palabra “reúne” adrede. Es que un encuentro internacional está hecho para reunir, no para separar, y por reunir no quiero decir llegar a un acuerdo –cosa prácticamente imposible– sino participar en un evento que es un choque y un debate entre culturas tan diversas que hacen imprescindible la presencia personal del intérprete y su contacto con su público en la misma ciudad, la misma sala, la misma hora, o sea “live”, como se dice en televisión. Las conferencias internacionales de nuestra época son encuentros políticos, pero también son mucho más.

Son encuentros entre civilizaciones cuyo acervo subyace el discurso político, jurídico o humanitario, y cuya sutileza reside en el aspecto extralingüístico de nuestro trabajo, en poder captar gestos y expresiones que nos ayudan en nuestra prestación. Ahora bien, mantengo que ello sólo es posible como dije, en persona y no en pantalla.

Como veremos a continuación, no es cuestión de mera preferencia o capricho profesional, sino de hechos sólidos, basados en experimentos que se han llevado a cabo en las Naciones Unidas y en otras organizaciones internacionales en Nueva York, Ginebra y Viena y que, por lo menos hasta la fecha, han arrojado resultados desalentadores.

En varias ocasiones en los últimos años, los gestores de las Naciones Unidas, impulsados por la tan dulce idea de la innovación que reduce el presupuesto, decidieron, en su sabiduría modelo del tercer milenio, que la realización de videoconferencias nos abriría las puertas del nuevo mundo y de ciertas jugosas promociones para los brillantes innovadores. Tras frenético intercambio de memoranda, de reuniones administrativas, de viajes de planificación efectuados por nuestros administradores a varias ciudades sede, Nueva York, Ginebra, Viena, entre otras, todo ello, por supuesto, en nombre de ahorros y eficacia para nuestra tan derrochadora organización, se decidió realizar las primeras videoconferencias.

Mis colegas de las Naciones Unidas en Ginebra y yo hemos tenido el singular y exquisito disgusto de participar en varios de estos eventos. Creo poder decir que el disgusto es ampliamente compartido por la confraternidad internacional de intérpretes. Es que, como todos en esta sala hartos lo sabemos, nos gusta dar una intachable prestación profesional, dar lo mejor de nosotros mismos, con entrega, a veces con pasión, pero siempre con interés y profesionalismo. Sí, señores administradores, figúrense que no sólo nos gusta sino que también ustedes y los delegados salen ganando con la buena calidad de nuestro trabajo. Pero para lograr esa buena calidad, es imprescindible contar con una infraestructura técnica por ahora ausente en las videoconferencias. Hasta la fecha, hemos comprobado que estos factores esenciales, tales como la imagen, el sonido, o los dos, fallaban seriamente. Es decir, los intérpretes no veían al orador, o si lo veían, no lo oían.

Los defensores del progreso tecnológico y los visionarios del futuro encontrarán tierra fértil para sembrar los argumentos que intentarán refutar los míos. Se me dirá que antes de cada brillante invención nadie excepto un puñado de genios y futurólogos había creído en ella, que tan sólo un Jules Verne pudo imaginar que el hombre iba a volar antes que los hermanos Wright realizasen su sueño ante multitudes incrédulas, y que no está tan lejana la odisea del espacio tan brillante y poéticamente imaginada por el legendario Stanley Kubrick. Se me dirá que, al fin y al cabo, ya estamos en el 2001 y que nuevos horizontes tecnológicos no cesan de abrirse.

Todo esto es cierto, sin lugar a dudas. Pero también es cierto que aunque la tecnología informática mejorará, aunque la imagen y el sonido que recibimos en una sala de conferencias harán que el orador en la pantalla se convierta en una persona casi real, tridimensional, seguirá siendo una imagen. Una imagen casi perfecta,

pero imagen al fin, y tanto los diplomáticos, como los expertos, como los hombres y mujeres de negocios, saben que no se puede negociar con imágenes. Si se pudiese, no habría más conferencias cumbre, reuniones entre jefes de estado y cancilleres u otros encuentros bilaterales.

El hecho indiscutible, queridos colegas, es que el intérprete está en el centro neurálgico de tales negociaciones, bilaterales o multilaterales. De ahí fluye la necesidad de su presencia inmediata, directa, en vivo.

Existen, por supuesto, otros aspectos conexos, pero no menos importantes, de la interpretación remota. El más obvio y alarmante es la diferencia entre los husos horarios. Hoy por hoy, ya que los que tanto anhelan la conquista del espacio informático se cuidan mucho de abusar de los horarios de los intérpretes, las conferencias se celebran durante horas diurnas, cuando el intérprete, o cualquier ser humano en cualquier capacidad, dará el mejor rendimiento con menor desgaste físico e intelectual. Por ejemplo, una reunión programada para las diez de la mañana en Buenos Aires o en Nueva York puede perfectamente ser interpretada a las tres o cuatro de la tarde en Ginebra.

Sin embargo, queridos colegas, ello no siempre será el caso. Esta ha sido la amarga experiencia de los traductores que trabajan para las organizaciones internacionales. Durante la reciente Conferencia sobre Cambio Climático en Kyoto, los traductores de la Oficina de las Naciones Unidas en Ginebra no sólo se vieron privados de la misión de la que disfrutaron los intérpretes, sino que hicieron turnos en el *Palais des Nations* en la propia Ginebra a todas horas del día y de la noche para poder producir los documentos de conferencia a tiempo.

Esto, queridos colegas, es lo que se llama la traducción remota. Nosotros, los intérpretes, debemos evitar caer en la misma trampa, porque es un pasaje de ida solamente. Una vez que la idea de las videoconferencias, de la interpretación remota, o como quieran llamarla, se insinúe en nuestras condiciones de trabajo, no habrá fuerza que pueda detenerla. Lo que ya de por sí es duro, muy duro, para los traductores de las organizaciones internacionales, será insoportable para los intérpretes. Al fin y al cabo —y esto lo saben perfectamente aquellos entre ustedes que son traductores e intérpretes— el traductor siempre puede ir a despabilarse con un café o incluso, echarse una corta siesta. Pobre del intérprete que, normalmente rendido a las tres de la mañana, se duerme en cabina. Entre paréntesis, y antes de seguir adelante con esta ponencia, les prometo brindarles mi experiencia personal de reuniones a horas imposibles, ya que cuando comencé mi carrera en las Naciones Unidas las reuniones nocturnas eran, por así decirlo, la orden del día, y desgraciadamente, se están volviendo a poner de moda en la Sede en Nueva York, sobre todo en el Consejo de Seguridad que, debido a la tensa situación internacional, se reúne casi continuamente. Todo ello es muy penoso en una profesión que, aunque apasionante, exige una carga poco usual de adrenalina. Sigamos entonces ejerciendo nuestra profesión con la excelencia que caracteriza a nuestra confraternidad, sin aceptar el desgaste suplementario de la interpretación a distancia. Ponemos la tecnología a nuestro servicio y al servicio de Babel de nuestros clientes, y no al revés.

Al principio de mi ponencia les comenté que abordaría el tema que nos ocupa exclusivamente desde el punto de vista del intérprete, y, dentro de esta perspectiva, desearía compartir un par de ideas adicionales con ustedes.

En el mundo contemporáneo, reino absoluto de Nuestra Señora de la Tecnología, mucho se ha hablado y escrito sobre la traducción asistida por la computadora y por supuesto, los profetas de nuestra época ya predicen el día venturoso cuando las máquinas reemplazarán definitivamente al traductor y, por qué no, al intérprete. La verdad es que ninguna inteligencia artificial puede reemplazar las posibilidades infinitas del cerebro humano. En otras palabras, la computadora sabrá procesar y planear cálculos tan complicados como el itinerario de una nave espacial, y hacerlo con una rapidez y fiabilidad de la que el ser humano que la programó no sería capaz. La computadora será capaz de recordar los glosarios de todas las conferencias en las que hemos trabajado y hacerlo con una velocidad y perfección a la que no podemos aspirar.

A pesar de todo ello, hay algo que la computadora no es capaz de hacer, captar todas las sutilezas de un idioma y traducirlas a otro. Prueba fidedigna son los textos de traducción por computadora que resultan burdos, o directamente carecen de sentido y, en ciertos casos, son francamente cómicos. A continuación, escuchemos lo que nos ha ofrecido nuestra amiga la computadora.

Imagínense por un momento que le hubiese presentado mi ponencia en inglés que comenzaría así en la versión producida por la computadora:

"it is I extremely pleasing to go to you on such a burning topic as controversial for the present and the future gives our profession. In this brief chat, I will approach the impact he/she gives the computer science from the perspective he/she gives the one he/she interprets and I will cover several fundamental aspects he/she gives the simultaneous interpretation to the beginning he/she gives the third millennium, that is to say in full it was he/she gives the Internet and give the videotape - you confer that every time but they watch us".

Lo que en este caso se aplica a la traducción es aun más cierto de la interpretación. Veamos el porqué. En el caso de la traducción por computadora, el traductor dispone de tiempo para verificar los resultados y corregir el texto. Como saben ustedes, esto no se aplica para nada a la interpretación. Lo que sale de la boca del intérprete llega a los oídos de su público – simultáneamente. Ahora bien, hemos visto que la computadora traduce palabra por palabra, sin prestar atención al sentido, como una persona que mal conoce un idioma y pretende encontrar al verdadero significado de una palabra en el diccionario, una palabra que puede tener infinitud de acepciones.

Quien dice acepciones insinúa sutilezas, sin hablar ya de la música del lenguaje. Esto lo saben muy bien los traductores literarios, quienes trasladan no solamente la infinidad de matices de una palabra, de una frase, de un párrafo, sino también y sobre todo sus sutilezas y el significado que las subyace, así como lo que llamo el ritmo y la música del lenguaje. Es un viaje casi intergaláctico entre un idioma y otro, una odisea del espacio entre un acervo cultural forjado por el escritor y reforjado por el traductor. Es un tema que, dicho sea de paso, me interesa muy personalmente, como lingüista y como escritora.

Y también me interesa –nos interesa– como intérpretes. Hace un momento les hablaba de las sutilezas del lenguaje que una computadora no es capaz de captar en la traducción. En la interpretación, se añaden otros factores, esta vez auditivos. Son, lisa y llanamente, los acentos. Al escuchar una persona hablando un idioma, automáticamente esperamos oír ciertos sonidos fonéticos que representan una palabra, un código que nos es inteligible cuando conocemos el idioma que estamos oyendo. Por supuesto, es lo que sucede en una conversación. En cabina, sin embargo, piensen en todo lo que los intérpretes sufrimos tratando de descifrar un acento incomprensible ya que el orador deforma los sonidos del idioma que está usando sin dominarlo. Hoy día, no hay ejemplo más flagrante de esta situación que el inglés, convertido en idioma universal gracias a la prepotencia de una cierta superpotencia –valga la redundancia– que nos ha impuesto su propia globalización cultural.

Sin embargo, el inglés no es el único ejemplo, e imagínense ustedes la tarea titánica de programar centenares de miles de acentos y aberraciones sintácticas para que una supercomputadora, supuesta reemplazante del intérprete, pueda comprender todos los vericuetos bizantinos que nuestro cerebro procesa, a veces Dios sabe cómo, en el transcurso de una reunión.

Un colega mío, eminente intérprete, solía decir que la interpretación no es tanto el conocimiento de los idiomas de entrada y salida como la capacidad, mil veces analizada pero nunca cabalmente explicada, de interpretar a un orador en particular, capaz de arrojar sorpresa tras sorpresa en términos de expresión, acento, velocidad, complicaciones sintácticas, referencias históricas o culturales. Dos personas pueden hablar el mismo idioma, pero no forzosamente lo hablarán de la misma manera. Son gajes del oficio, irreproducibles por una inteligencia artificial.

Antes de concluir y de pasar a las preguntas y respuestas que espero suscitarán un amplio y animado debate en torno de este candente tema, permítanme una referencia más al trabajo del intérprete, irremplazable por una computadora. Ya vimos el aspecto de las sutilezas, de los acentos y demás elementos del lenguaje que son, en mi opinión, imposibles de programar mecánicamente. Pues bien, hay aún otro factor de nuestra prestación, que es el texto. En una charla anterior en agosto del año pasado les comentaba a mis oyentes que los intérpretes tenemos una manera muy especial de enfocar el texto de una intervención cuando lo recibimos. Les decía entonces que leemos un discurso de, por ejemplo, diez páginas, a veces recibido cinco minutos antes de la intervención, en forma casi diagonal, destacando muy rápidamente los aspectos y dificultades técnicas sobresalientes. Dudo mucho que una computadora, desconociendo la posición del orador y de su país, así como los matices del idioma, sea capaz del mismo esfuerzo intelectual.

Ahora bien habiendo preparado el discurso, el orador toma la palabra, y cambia la mitad de lo que nos había entregado, agrega o quita, mientras nosotros debemos seguirlo fielmente, cotejando su discurso oral con el texto –simultáneamente. Diganme, por favor, que súperprogramador es capaz de inventar tales variaciones para incluirlas en el cerebro de una computadora, y les diré que han hecho un pacto faustino con el diablo en persona.

Alguna vez tuve ocasión de repasar la historia de la interpretación simultánea con los colegas que estuvieron en mi charla en agosto pasado. Recordarán que todo comenzó con el juicio de Nuremberg y que los primeros intérpretes simultáneos de ese Tribunal histórico pasaron a formar parte del equipo original en las Naciones Unidas en Nueva York en los primeros años de la posguerra. En aquella época, los intérpretes consecutivos, brillantes herederos de la larga tradición en la Sociedad de las Naciones, les juraron batalla sin cuartel a los colegas simultáneos, profetizando que la interpretación simultánea no funcionaría jamás. Era la guerra del intérprete como divo contra el intérprete como técnico. Y, aunque el nuevo sistema falló al principio, se irguió y se abrió paso triunfante.

El intérprete como técnico, el nuevo intérprete, había ganado.

Había ganado, en efecto, porque supo adaptarse a la nueva técnica, pero sin olvidar los fundamentos que habían generado y engrandecido la profesión —el respeto del idioma, los conocimientos de sus infinitas matices, la memoria cultural e histórica, el acervo del ser humano— de los seres humanos, en su infinita y grandiosa variedad. Los mismos seres humanos, los políticos, los diplomáticos, los expertos, los humanistas que vienen a reunirse en nuestros congresos, de los cuales nosotros, los intérpretes, formamos parte digna, indispensable y, sobre todo, irremplazable.